

La Religión, ese Opio del Pueblo

Por IGNACIO MARTIN BARO

Para MAGAZINE DOMINICAL

Ya han transcurrido muchos años desde que Feuerbach expusiera la idea de que no fue Dios quien creó al hombre, sino el hombre quien creó a Dios, y muchos también desde que el marxismo se apoderada de esta idea. Pero se conoce que el hombre debe estar muy contento de su creación, pues a pesar de que sus ojos han sido abiertos a la "verdad", todavía persiste en su engaño.

Hace unos días lei una noticia que me llamó poderosamente la atención. Su titular decía así: "Artículo de primera necesidad constituye también la religión". Aun antes de leer la información, ya me estaba yo preguntando: ¿Cómo es posible que el "opio" se convierta en nuestro pan de cada día? ¿Cómo es posible que, en nuestros tiempos, con los inmensos adelantos de la ciencia, con las máquinas tan perfectas que hemos conseguido inventar, con las realizaciones espaciales que convierten al hombre en dueño del universo, cómo es posible que vayamos a necesitar mantener la "tonta ilusión" de que existe un ser superior, al que tenemos que adorar? Me dije que el periodista autor de esa noticia debía ser un despistado ignorante, o algún tonto conferenciante que todavía pensaba con categorías de la Edad Media. A ninguna persona sensata o científica se le podía ocurrir afirmar tal cosa. Así, pues, con una sonrisa irónica, me dispuse a leer la noticia.

Empezaba así: "Alrededor de 250 hombres de ciencia y líderes religiosos de varias confesiones que se practican en los Estados Unidos, se reunieron hace pocos días en Nueva York, en una asamblea que pasó inadvertida para un buen sector del público. Sin embargo, pocos temas podían superar la importancia del que se discutió allí: el porvenir de la religión en el mecanismo y automatizado mundo futuro".

Antes de proseguir la lectura, pensé que en aquella reunión tendría que haber ocurrido una violenta pelea. Hice mis cábalas: hombres de ciencia, por un lado, líderes religiosos, por otro. Es decir, que se habrían enfrentado la honradez, la claridad, el progre-

sismo, con la falsía, el obscurantismo, lo retrógrado. Ciertamente, era imposible que los hombres de ciencia admitieran las absurdas pretensiones manifestadas secularmente por los líderes religiosos.

Proseguí mi lectura: "La respuesta de todos los asistentes a la pregunta, ¿qué sentido tendrá la religión para el hombre del mañana?, fue unánime y podría sintetizarse en estos términos: La religión es la única esperanza de que el ser humano no se convierta en un ser gobernado, controlado y dirigido por otros robots de carne y hueso".

Parecía increíble, pero así era. La religión como "la única esperanza humana". Seguramente, aquellos señores no habían pensado bien la cuestión. No sabían lo que tan claramente declaró en Rusia el año pasado el informe Hiltchev: la oposición entre religión y ciencia. Yo me habría permitido citar a esos señores el siguiente párrafo del citado informe: "La base de la ciencia está constituida por el conocimiento de las leyes objetivas de la realidad y la verificación de la autenticidad de los conocimientos por la experiencia y la práctica. La ciencia, que confirma las posibilidades ilimitadas del espíritu de descubrir los secretos de la naturaleza y de la vida social, demuestra día tras día la fuerza del espíritu del hombre. Por el contrario, la religión representa la imagen fantástica, desnaturalizada, del mundo; ella paraliza el espíritu del hombre por los dogmas, ahoga todo pensamiento creador. La religión no puede menos de ser un freno al progreso científico, y al conjunto del progreso social".

Sin embargo, parecía que si se había planteado el problema. Seguía diciendo así la noticia: "Algunos de los delegados, como el profesor Henry Margenau, de la Universidad de Yale, acotaron que la antigua polémica entre la religión y la ciencia ha desapare-

cido. Esas dos grandes fuentes del conocimiento humano se complementan y no se oponen. Otro participante, el doctor Harold Stefansson, de la Universidad de Purdue, insistió en que la ciencia, sin la religión, es incapaz de ofrecer al individuo una visión inteligible del mundo, y al mismo tiempo, darle una ubicación en él".

Ciencia y religión no ya opuestas, ya no divergentes, sino complementarias. Realmente, algo asombroso. La citada noticia terminaba así: "En resumen, para el mundo de mañana la religión será un artículo de primerísima necesidad, más importante que el progreso tecnológico y la única garantía aceptable contra los riesgos que implica ese mismo progreso".

♦ ♦ ♦

En verdad, es muy oportuno en nuestros días volverse a plantear el problema. El comunismo ateo prosigue en su implacable lucha antirreligiosa, de acuerdo con la sentencia leninista de que esta lucha constituye "el ABC de todo materialismo y, por consiguiente, también del marxismo". Las razones que alega son las de que la religión constituye un opio para el pueblo y que se opone abiertamente a la ciencia y al progreso humano.

Algo hay que admitirle al comunismo. Le admitiríamos la oportunidad que nos brinda para hacer un examen de conciencia. Puede que, con tantos roces y acaceres humanos, hayamos ido mezclando impurezas a la realidad de nuestra religión —no en su doctrina, cuanto en nuestra realización de ella—. En verdad, la religión ha servido a algunos, en varias ocasiones, para mantener estados de injusticia inaceptables. Tal vez con demasiada frecuencia hayamos considerado a la religión como un verdadero opio, es decir, como un simple alivio para nuestras penas y sufrimientos. Ciertamente, la religión puede y debe servir de consuelo. Pero no es

esa, ni mucho menos, su función principal. Eso implicaría que la religión supone no más un freno. Y, en realidad, la religión es un verdadero aguijón. Un aguijón que impulsa al hombre a ser más hombre, que impulsa al hombre por el camino del verdadero progreso, por el camino evolutivo de una mayor espiritualización. Al final de la jornada, Dios. Por eso, la religión, entendida en su perspectiva verdadera, es el elemento más dinámico con que cuenta el hombre, tanto en el terreno personal, como en el social e incluso en el cósmico.

De ahí que sea un absurdo suponer una oposición entre religión y ciencia. La religión nunca se ha opuesto al progreso de las ciencias, muy al contrario, si alguien está interesada en este progreso es ella, puesto que tiene el íntimo convencimiento de que —en frase de Teilhard de Chardin— "cuanto más hombre sea el hombre, más sentirá la necesidad de consagrarse a alguien más grande que él".

Desde esta perspectiva, la ilusión no es el teísmo, sino el materialismo. Si analizamos el problema a fondo, nos encontraremos con que no es la religión la que se opone al progreso verdadero del hombre, sino la lucha antirreligiosa. Porque, si el hombre ha de progresar, y este progreso ha de ir encaminado hacia una mayor humanización, es decir, una mayor espiritualización (puesto que el espíritu es lo que hace hombre al ser humano), ¿quién sino el materialismo ateo se opone a este progreso? Dos guerras mundiales nos han enseñado que sucede cuando al progreso no le acompaña una verdadera espiritualidad, es decir, la actitud religiosa ante la vida.

Debemos purificar nuestra religión de todo lo que pudiera tener de opio, es cierto. Pero seamos conscientes de que sólo podremos progresar en un camino verdaderamente humano si permanecemos profunda y sinceramente religiosos. Siempre, pero si cabe más que nunca en el estado actual al que ha llegado el hombre, la religión no es un opio, sino un "artículo de primera necesidad".

El Espectador
15 Agosto - 1965

(14)

Magazine
Dominical
"El Espectador"
Bogotá.
Domingo
15 Agosto - 1965